

MANIFIESTO A FAVOR DEL PATRIMONIO HISTÓRICO DE LORCA

La construcción de una instalación hotelera dentro del castillo de Lorca, desatendiendo las recomendaciones de organismos internacionales y las disposiciones vigentes en materia de protección del patrimonio histórico, ha indignado a una parte sustancial de la sociedad lorquina que ya hizo oír su voz contraria cuando hace años se anunciaron las obras. Con el pretexto del interés general, de la expansión económica y de la modernización de Lorca, se viene procediendo en los últimos años a la destrucción ignorante de importantes restos arqueológicos, a la pérdida del patrimonio inmueble que caracterizó a Lorca durante centurias, y a la degradación irreversible del paisaje histórico de nuestra ciudad, amenazado hoy seriamente por una actividad constructiva arrolladora y de corte especulativo. Estos atentados contra el patrimonio histórico, que aparentemente no acarrearán pérdidas económicas para la población que los sufre, sí producen, sin embargo, perturbaciones sociales por cuanto los conjuntos históricos y sus monumentos, y la historia que emana de ellos, forman parte cotidiana de nuestro vivir y deben seguir formándola en el futuro. Su presencia vivifica el pasado y lo funde con el presente mostrando la riqueza y la variedad de las manifestaciones sociales, religiosas y culturales que se han dado cita en nuestro entorno urbano a lo largo del tiempo. Así lo reconoce de modo general la UNESCO cuando en sus recomendaciones para la conservación de los conjuntos históricos dice que éstos deberían ser protegidos activamente contra su uso inapropiado, contra cualquier aditamento y contra transformaciones abusivas o desprovistas de sensibilidad, instando a arquitectos y a urbanistas a que procuren que la vista de los monumentos y conjuntos en los que se integran, así como lo que desde ellos se atalaya, no se deteriore, y a que su conciliación con la vida contemporánea se lleve a cabo de modo armonioso.

A día de hoy hay que lamentar que muchas de las disposiciones legales españolas para la defensa, conservación y fomento del patrimonio histórico no sólo no se hayan cumplido con el rigor que exige esta materia, sino que se han vulnerado claramente con acciones negligentes y omisiones casi delictivas. La desidia de unos ha conllevado la desatención generalizada de otros, siendo prueba de todo esto, por poner casos cercanos, los numerosos atentados cometidos en los últimos años contra el patrimonio de Lorca y contra el de otras muchas ciudades de nuestra región, como Cartagena y Murcia. Todos, ante la pasividad de los

gobiernos municipales y regional, han quedado impunes o simplemente no se han contemplado como tales.

Lorca ha experimentado en los últimos 20 años una notable transformación económica y social que no ha corrido paralela con el respeto debido al importante legado histórico que atesoraba. De modo interesado y torticero, se ha presentado ese legado como un lastre para el desarrollo de la ciudad y sus habitantes, y se ha justificado cada nefasta actuación contra él acudiendo a un proceso de modernización cuya primera y necesaria premisa parecía ser la de dar la espalda a todo cuanto significara el pasado. En ese contexto ideológico se explica mejor la lamentable destrucción del casco urbano de Lorca, que se iniciaba desde casi el mismo momento en que fue declarado, en 1964, conjunto histórico-artístico.

Hay que reconocer que en las últimas décadas la acción de la administración pública en Lorca ha permitido conservar, renovar y en ocasiones dar nuevo uso a edificios significativos. También es cierto que la recuperación de patrimonio mueble es notable. Pero no es menos cierto que multitud de edificios de menor significado, pero indispensables para la conservación del paisaje histórico de la ciudad, elemento característico de todo conjunto histórico-artístico, no solamente no han gozado de protección alguna sino que se han visto alterados de modo innecesario y poco adecuado, o incluso se han derribado sin la menor contemplación aduciendo ruinas que algunas veces podrían ser discutibles. Por ello, el recinto que en 1964 fue señalado como de especial protección se encuentra hoy extraordinariamente mermado por la sustitución, poco o nada controlada, de viejas edificaciones y la alteración parcial de otras cuyas peculiaridades constructivas se han desvirtuado de modo casi irreparable. Ejemplo bochornoso de esas alteraciones es el propio edificio del Ayuntamiento, remodelado en todo aquello que no era la fachada principal y del que se han eliminado, incluso, algunos elementos constructivos y de mobiliario de relevante interés, alterando además profundamente su entorno. Actuaciones poco afortunadas, llevadas a cabo curiosamente también por la administración local, han afectado de manera evidente, y casi siempre de modo irreversible, a edificios o entornos de especial significado, como el recinto del castillo de Lorca, la antigua iglesia de la Merced, las calles Selgas, Cava y Álamo, la ermita de la Virgen de la Peña, el conjunto de ermitas del Calvario, así como multitud de plazas y recorridos urbanos que hoy han perdido cualquier atisbo de interés o autenticidad.

Si casos como éstos están ocurriendo hoy con edificios y espacios públicos, es fácil imaginar cómo ha actuado la iniciativa privada, con la aquiescencia del Ayuntamiento, en cuanto a la degradación o desaparición de la arquitectura existente en las calles del conjunto histórico-artístico. La década de los años 70 planteó en Lorca el conflicto muy repetido, y a todas luces equivocado, entre progreso o conservación, levantándose entonces la muralla arquitectónica que hoy constituye la Avenida Juan Carlos I, mientras se olvidaba uno de los edificios barrocos en peligro, la iglesia de las Mercedarias, que finalmente se vino a abajo. Calles como la Corredera, Pío XII, la Zapatería, o las ya citadas Selgas, Cava y Álamo, han ido perdiendo casi por completo su fisonomía, habiéndose producido en ellas una agresión clara contra su identidad al permitir el derribo de casas y la no sujeción de las nuevas al estilo imperante en la zona. Todos estos excesos se han traducido en la elevación desproporcionada de alturas y en la introducción de fachadas que rompen el ritmo que imponían las arquitecturas tradicionales.

Esas malas prácticas arquitectónicas culminan hoy en el evidente desacierto de lo realizado en el castillo de Lorca, y son presagio funesto de las que se llevarán a cabo de inmediato en la calle Selgas y en la propia Plaza de España. Todos los que estamos aquí hoy tenemos la convicción de que la bonanza económica de un pueblo, que además tiene a gala presumir de su casco histórico y de sus monumentos y que incluso basa su oferta turística en ellos, no puede traducirse en la pérdida paulatina e irreparable de una ciudad que ha formado parte importante de nuestro imaginario colectivo; una ciudad genuina que atraía por sus valores artísticos y por sus tradiciones y sobre la que hoy se cierne una severa amenaza. El descuido y los desmanes cometidos en los últimos años han reducido el interés monumental de la ciudad a la singularidad de algunos edificios y a lo que de espectacular tiene nuestra Plaza Mayor, cuya contemplación serena ya empieza a peligrar y puede verse aún más enturbiada con la remodelación que se anuncia en estos días, actuando de nuevo el gobierno municipal a espaldas de una opinión mayoritaria contraria a que se acometan novedades en espacio de tan alto contenido cultural y emocional.

Parece este el momento oportuno para llamar la atención de la ciudadanía sobre estos y otros hechos, como el paradójico abandono en que se encuentra toda la planta noble del Palacio de Guevara, verdadero buque insignia de la ciudad barroca. Hoy es más necesario que nunca apelar a la sensibilidad de todos los lorquinos, y muy especialmente a la de las personas que dirigen los estamentos oficiales encargados de la tutela y salvaguarda de nuestro patrimonio histórico-artístico, para hacerles llegar nuestra más firme protesta por lo que está ocurriendo y porque en el futuro

no haya que lamentar más actuaciones precipitadas, desafortunadas, depredadoras e irreversibles como las que se están produciendo en el castillo de Lorca.

Nos despedimos con las palabras que en 1925, hace ahora ochenta años, escribió Espín Rael (Cronista Oficial de Lorca). Unas palabras hacia su Castillo, hacia nuestro Castillo, con las que a buen seguro todos los que aquí estamos nos sentimos plenamente identificados. Decía Espín Rael:

Si esta torre desapareciera, el aspecto de la población cambiaría, nos parecería que no era nuestra Lorca; desde todas partes se divisa su elevadísima y fuerte traza; antes de columbrarse nuestras arboledas y pardo caserío, al pisar los límites de este valle, surge a nuestra vista dorada por el sol, mojada por la lluvia u oscurecida por las sombras; ella hierde la imaginación de los niños con su aspecto y sus leyendas; ella nos despide cuando marchamos, nos recibe antes que nuestros familiares y amigos cuando volvemos, nos acompaña en toda ocasión recortándose solemne y fuerte en el espacio; y ello da el último, mudo y enigmático saludo al que abandona la vida.

Lorca, 8 de mayo de 2005.

**PLATAFORMA POR LA DEFENSA DEL
PATRIMONIO DE LORCA.**